

# Inmigración y mercado en el Madrid de la segunda mitad del siglo XIX<sup>1</sup>

Rubén Pallol Trigueros<sup>2</sup>  
Borja Carballo Barral<sup>3</sup>  
Fernando Vicente Albarrán<sup>3</sup>

## Resumen

Este artículo analiza el papel desempeñado por la inmigración en el crecimiento demográfico madrileño entre 1850 y 1900, cuando la capital española se incorporó al proceso de urbanización contemporáneo. Por un lado se discuten las complejas relaciones entre mercado laboral y flujos migratorios, subrayando cómo la llegada de nuevos habitantes modificó las estructuras económicas de la ciudad. Por otro lado se señalan las distintas pautas migratorias que alimentaron el crecimiento de Madrid, atendiendo al origen geográfico y a la inserción en el mercado laboral. El estudio se construye a partir de los padrones municipales cuya consulta sistemática ha permitido ensayar nuevos métodos y técnicas de análisis inspiradas en la microhistoria.

**Palabras claves:** Madrid, Ensanche, Inmigración, Mercado de trabajo, siglo XIX, urbanización, padrones municipales, redes migratorias.

## Abstract

This article analyzes the role played by immigration in the demographic growth of Madrid from 1850 to 1900, when the Spanish capital joined to the contemporary urbanization process. On the one hand the complex relations between labour

---

1 Este texto ha sido posible por la concesión de varios proyectos de investigación: Plan Nacional de I+D+I. HUM2007-64847/HIST. Investigador principal: Luis Enrique Otero Carvajal; y forma parte de las actividades del Grupo de Investigación UCM *Historia de Madrid en la edad contemporánea*, nº de ref.: 941149, dirigido por Luis Enrique Otero Carvajal. Financiación del Grupo de Investigación *Historia de Madrid en la edad contemporánea*, nº de ref.: 941149, IV Plan Regional de Investigación Científica e Innovación Tecnológica de la Comunidad de Madrid (IV PRICIT) en las convocatorias de 2007 a 2009.

2 Universidad Complutense de Madrid, Universidad Paris IV-Sorbonne. (rpallol@yahoo.fr)

3 Universidad Complutense de Madrid.

market and migrant flows are discussed, underlining how the arrival of new inhabitants modified Madrid's economic structures. On the other hand different migrant trends that led to Madrid growth are exposed, attending to geographical origin of immigrants and their insertion in labour market. The study is based on the municipal census whose systematic consultation has allowed to develop new methods and technologies of analysis which are inspired by the *microhistory*.

**Keywords:** Madrid, Ensanche, immigration, labour market, Nineteenth century, urbanization, registers of inhabitants, migrant networks.

### Résumé

Cet article s'occupe d'analyser le rôle joué par l'immigration dans la croissance démographique de la ville de Madrid entre 1850 et 1900, tandis que la capitale espagnole s'incorporait au processus d'urbanisation contemporain. Dans un premier temps, il s'agit d'analyser les rapports complexes entre le marché du travail et les flux migratoires, en soulignant comment l'arrivée de nouveaux habitants modifia les structures économiques de la ville. Un second objectif c'est de décrire les différents flux migratoires qui nourrirent la croissance de la population de Madrid, en considérant l'origine géographique et l'insertion dans le marché du travail des immigrés. L'étude a comme source fondamentale les recensements municipaux de population (padrones), dont une consultation intensive et systématique s'est mise en place pour essayer de nouvelles méthodes et techniques d'analyse inspirés par la microstoria.

**Mots-clé:** Madrid, Ensanche, Immigration, marché du travail XIXeme siècle, urbanisation, recensements municipaux (padrones), réseaux migratoires.

## INTRODUCCIÓN

«Cuando uno de los compañeros de viaje anunció que ya estaban en Madrid, Manuel sintió verdadera angustia; (...) el tren iba aminorando su marcha; pasaba por delante de barriadas pobres y casas sórdidas; en aquel momento brillaron las luces eléctricas pálidamente sobre los altos faros de señales...» (Baroja 1905). Angustia es lo primero que experimentó Manuel, el héroe adolescente de la trilogía de Baroja *La lucha por la vida*, a su llegada a la capital un día indeterminado hacia 1900. Y, aunque ficticio, el desasosiego del Manuel creado por Baroja puede ser una excelente ilustración de las sensaciones que la llegada a la capital podía generar en unos recién llegados que, en la mayoría de los casos, procedían de un mundo rural escasamente familiarizado con la gran urbe (Vicente, Carballo y Pallol, 2010).

La capital española, al finalizar el siglo XIX, acababa de superar el medio millón de habitantes como resultado de varias décadas de aumento demográfico en intensidad creciente desde 1850, momento en el que Madrid rompió el techo de los 200.000 habitantes, cifra a la que había llegado a finales del siglo XVIII tras décadas de crecimiento sostenido (Carbajo, 1987: 224-230). El factor clave de este incremento fue el aumento del ritmo y la cuantía de inmigrantes que arribaron a la capital desde el ecuador de la centuria, circunstancia que logró compensar el déficit de una ciudad en la que morían todos los años más personas de las que nacían (Hauser 1979; Ruiz Palomeque, 1976). Era una circunstancia común a muchas ciudades españolas, en las que el deterioro de las condiciones de vida, estaba detrás de las altas tasas de mortalidad general e infantil. Las recurrentes crisis epidémicas de cólera habían sacado a la luz las graves deficiencias higiénicas de la vida urbana (Toro Mérida, 1981). Por otro lado, las paupérrimas condiciones de vida a las que abocaban los bajos salarios y la carestía de la vida a las clases populares, hacían que la muerte de algún hijo o el fallecimiento prematuro de los padres fueran fenómenos habituales (Fernández García 2007).

No obstante, fue en este periodo cuando la población urbana española se duplicó, figurando en su cúspide la ciudad de Madrid. Las transformaciones en la titularidad y productividad de las grandes extensiones agrícolas, el enorme impacto que la incipiente actividad industrial de determinadas zonas de España tuvo en los mercados laborales regionales y la reducción de las distancias en tiempo y precio del transporte, generaron esa sangría demográfica del campo a la ciudad (González Y Zárraga, 1996; Silvestre, 2002). El principal lugar de destino era una ciudad que, hasta el siglo XX, no experimentó ninguna transformación industrial que justificara la atracción de nuevos habitantes (García Delgado, 2001), como ocurría en centros urbanos más dinámicos como Barcelona, Bilbao, Liverpool, Londres o París. A pesar de ello, ninguna ciudad española recibió tantos inmigrantes, a cuyas puertas acudieron miles de nuevos vecinos durante la segunda mitad del siglo XIX, procedentes fundamentalmente de la red urbana de la meseta castellana que encabezaba (De Vries, 1997), y de la cornisa cantábrica.

La acumulación del capital y las rentas nacionales, los títulos nobiliarios, el poder, la información y la burocracia en la Corte y cúspide del Estado liberal desde mediados de siglo consolidó la demanda de oficios ya pujantes (el servicio doméstico, el comercio y el artesanado de lujo o los empleos en instituciones como la Iglesia o el Ejército) a la vez que

generó otros nuevos (el enorme aparato administrativo que estaba erigiendo el centralismo liberal, el ferrocarril o las comunicaciones). Para ciertos inmigrantes procedentes de otros núcleos urbanos y que disfrutaban de un respaldo académico o pecuniario, Madrid representaba el destino donde colmar sus ambiciones de ascenso social: empleados que escalaban posiciones en el ministerio de turno, periodistas de provincias que daban el salto a la política nacional, ingenieros que se integraban en los proyectos de construcción más ambiciosos del país, etc.

Sin embargo, estos casos no eran más que una pequeña parte de una realidad en general muy distinta. El inmigrante madrileño procedía fundamente del campo (como muestra un botón: menos del 30% de los inmigrantes residentes en el Ensanche había nacido en alguna de las capitales de provincia del país), y su horizonte vital, caracterizado por la penuria económica y una escasa o nula cualificación laboral aprovechable en el marco urbano, no era nada halagüeño: sueldos misérrimos fruto de la sobreabundancia de este tipo de mano de obra, nula estabilidad laboral, empleos *blindados* para los nativos y escasa posibilidad de promoción laboral para ellos, y unos elevados alquileres que les hacían cobijarse en insalubres viviendas en barrios periféricos y mal acondicionados (Pallol, Vicente y Carballo, 2010).

Este artículo traza una descripción general de las distintas dinámicas migratorias que alimentaron el crecimiento de Madrid durante la segunda mitad del siglo XIX, atendiendo especialmente a estas dos dimensiones. Se parte de un análisis de las relaciones entre flujos migratorios y mercado de trabajo para caracterizar la inserción profesional de los nuevos habitantes y determinar cómo este fenómeno influyó en el desarrollo económico de la ciudad. Un segundo eje girará en torno a la cuestión del origen geográfico y social de la nueva población llegada a la capital para identificar el radio de acción sobre el que Madrid ejercía como polo de atracción migratoria a lo largo de este periodo, pero también en un intento de identificar las posibles redes de paisanaje que operaban en la ciudad y que hacían posible a inmigrantes individuales integrarse en un espacio desconocido y a menudo hostil como era la gran urbe.

Para la elaboración de este texto se ha partido del análisis de la información contenida en las respuestas particulares al padrón municipal de todos los hogares de los barrios del Ensanche de Madrid en los años de 1860, 1880 y 1905, cuando contaban con 10.700, 55.000 y 130.000 habitantes respectivamente. El estudio de un espacio creado *ex novo* como el

Ensanche de la capital, que nos hace poseer un cuerpo documental de 200.000 personas para la segunda mitad del siglo XIX, nos genera un problema de representatividad de la muestra principalmente en el punto de partida, en 1860, momento en el que la población sistematizada es el 3,6% del total de la capital (no ocurre así en 1880 y 1905, cuando la muestra representa el 14 y el 25% respectivamente) y ubicada en una zona extramuros. Para reducir drásticamente este matiz, se ha procedido al cotejo de nuestra información con aquellos análisis realizados en el seno del Grupo de Investigación UCM «*Madrid en la Historia del Madrid Contemporáneo*» cuyos objetos de estudio fueron determinadas zonas del casco antiguo de la capital en ese mismo año, 1860, y en 1880 (González Palacios, 2008; Rodríguez, 2008; Gallardo, 2010).

Los barrios escogidos para el análisis se caracterizan por englobar a los representantes de toda la gama social madrileña. Así el Ensanche, cuya construcción y urbanización comenzó en 1860, comprendía zonas residenciales de la aristocracia y de la burguesía (barrios de Almagro y Biblioteca), barrios proletarios y de jornaleros (Vallehermoso, Plaza de Toros o Peñuelas) y distintos espacios habitados por las nutridas clases medias madrileñas de empleados (el barrio de Salamanca), pequeños comerciantes y trabajadores de cuello blanco (Carballo, Pallol y Vicente 2008). A ello hay que añadir la extraordinaria riqueza de la información suministrada en los padrones municipales de Madrid (los de mayor riqueza documental del país) y que, en sus respuestas particulares, ofrecen pequeñas biografías detalladas, con datos relativos a cada una de las viviendas de la ciudad (barrio, portal, letra, orientación, altura, cuantía del alquiler y número de habitaciones), los nombres y apellidos de sus inquilinos, la fecha y lugar de su nacimiento, su parentesco, el año de llegada a la capital, su profesión, sueldo y lugar de trabajo, el valor de la contribución pagada y el grado de alfabetización.

La rica información que suministra el padrón municipal de Madrid y la ingente muestra de datos recopilada nos permite abordar análisis diversos relativos a la segregación socioespacial, los movimientos migratorios, la composición familiar urbana o el mercado laboral. Y siempre con la posibilidad de cruzar nuestros datos con documentación relativa a beneficencia, elecciones municipales, etc. (Pallol, 2009). No obstante, la numerosa población residente en el Ensanche de Madrid y su amplio origen, nos imposibilita para realizar un estudio sistemático del segmento inmigrante mediante la útil propuesta metodológica denominada «*seguimientos nominativos*» llevada a cabo en otros núcleos

urbanos (García Abad, 2005). De todas formas, la utilización de esta herramienta metodológica nos ha permitido comprobar la fortaleza de las redes migratorias basadas en el parentesco, el paisanaje o la relación laboral (Vicente, Carballo y Pallol, 2010), toda vez que se ha llevado a la práctica en el caso de los inmigrantes Madrid-Guadalajara (Carballo, Pallol, San Andrés y Vicente, 2009). Para el tema que aquí nos atañe, la evolución del mercado laboral madrileño durante la segunda mitad del siglo XIX y cómo le afecta el fenómeno de la inmigración, se ha tenido en cuenta el tipo de profesiones declaradas por la población en la ficha del padrón, su lugar de origen, el año de llegada a la capital y las múltiples diferencias encontradas en su comparación.

## **1. INMIGRACIÓN Y TRANSFORMACIÓN DEL MERCADO DE TRABAJO EN EL MADRID DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX**

Madrid ha sido hasta hace bien poco una ciudad esquivada por los estudios consagrados a las migraciones interiores del siglo XIX, y eso, a pesar de que entonces era, con diferencia, el principal destino de los flujos de población (Silvestre 2005). Quizá se haya debido a su falta de adecuación a las interpretaciones en las que se ponía excesivo énfasis en el binomio industrialización y desarrollo urbano. Sin negar la importancia que en algunas ciudades pudieron tener los procesos de transformación industrial en la atracción e inserción de nuevos habitantes (González Portilla, 2001; Oyón, 2008; Camps, 1995), no hay que olvidar que el Madrid decimonónico no podía ser considerado más que como una ciudad más industrial que agrícola, cuyas estructuras económicas aún no había experimentado el salto cualitativo para considerarla como una ciudad fabril (García Delgado 2001, Pallol, 2009).

Muchas de las familias y muchos de los individuos que llegaron a la capital en la segunda mitad del siglo XIX no lo hicieron porque la ciudad los solicitara o porque hicieran falta brazos para trabajar. Ni tan siquiera en un primer momento se les abrieron las puertas de manera decidida ni acogedora, sino todo lo contrario. De hecho, desde 1830, momento en el que la inmigración fue en aumento, se organizaron rondas municipales en las que se detenían, recluían en asilos y expulsaban hacia sus lugares de origen a todo forastero que no estuviera debidamente regis-

trado en la ciudad (Caballero, 1980, pp. 155). La demanda de habitación por parte de los recién llegados hizo aumentar los alquileres, compartimentar hasta lo imposible las viviendas del casco antiguo y, en definitiva, apretujar en insalubres sotabancos a una parte creciente de la población de la ciudad, convirtiéndola en víctima propicia de las cíclicas epidemias que jalonaron el siglo XIX madrileño. Además, los desesperados inmigrantes contribuyeron también a acrecentar las filas de un pueblo que cada vez se mostraba más revoltoso y amenazante, especialmente en las jornadas revolucionarias de 1854, que se repetirían y agravarían a partir de 1868 (Bahamonde y Toro, 1978).

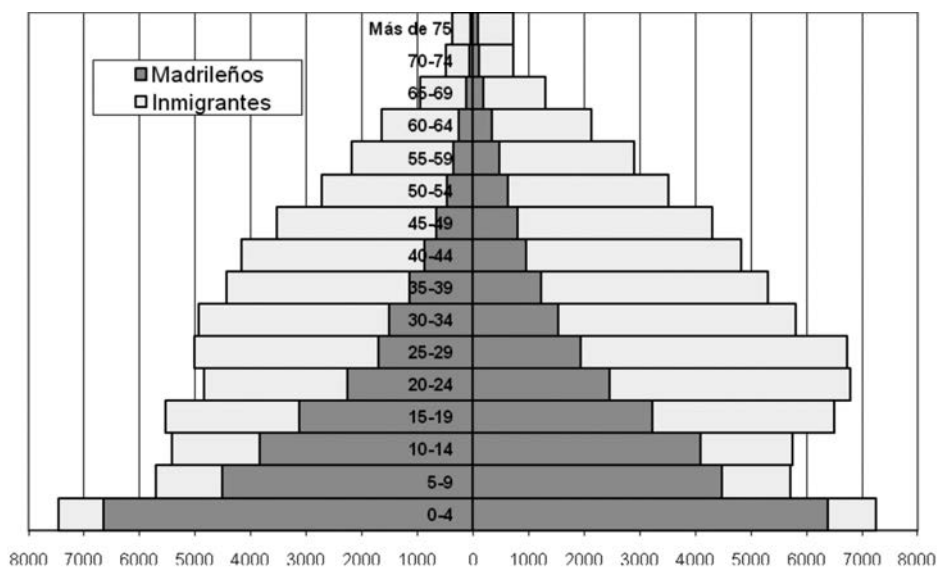
Pero, sin duda, el mayor impacto de la inmigración se produjo en el mercado laboral. Los nuevos trabajadores inundaron y desbordaron las estructuras económicas de Madrid. No es que la capital no estuviera acostumbrada; desde su mismo nacimiento como gran ciudad y sede permanente de la corte, había recibido gentes que acudían al calor del trono para hacer negocios o encontrar trabajo (Carbajo, 1987; Ringrose, 1985). El sistema había perdurado durante toda la Edad Moderna (manteniendo la población de la ciudad en torno a los 200.000 habitantes) porque paliaba la escasez de trabajo rural en determinadas estaciones del calendario, y era, por definición, temporal y ceñida a la economía agraria. Ahora bien, las transformaciones liberales sobre el uso y la titularidad de la tierra convirtió la coyuntural necesidad económica del mundo rural en estructural y perenne.

Y, aunque la capital no ofreciera ninguna panacea al recién llegado, antes al contrario, (trabajo esporádico mal pagado, mayores tasas de mortalidad o un nivel de vida más costoso), era comprensible que la vieran como un destino que ofrecía mayores posibilidades de supervivencia que sus pueblos de origen. Tal aglomeración de habitantes, sociedades privadas, cargos públicos, títulos nobiliarios, pequeños talleres y las distintas ramas de la administración central, provincial y municipal podían generar infinidad de puestos de trabajo de distinta cualificación. Además, en aquellos momentos en los que la necesidad apretase, la ciudad ofrecía una beneficencia municipal y privada que podía mitigar parte de esa penuria.

La incidencia de la inmigración en la evolución del mercado laboral madrileño es claramente palpable si analizamos la estructura demográfica de la ciudad (Figura 1) ya que, no sólo los inmigrantes eran más numerosos que los nacidos en Madrid (73.194 frente a 56.471) sino que más de la mitad de estos no superaban los 14 años de edad. De ahí que

FIGURA 1

Pirámide de población del Ensanche de Madrid según su procedencia (1905)



[Elaboración propia a partir del Archivo de Villa de Madrid (AVM), Estadística, padrón del Ensanche, año 1905].

dos tercios de la mano de obra de la ciudad estuvieran compuestos a la altura de 1905 por trabajadores inmigrantes (en el Ensanche, 65.824 inmigrantes mayores de 14 años frente a 26.522 madrileños). El paso de una inmigración mayoritariamente temporal a otra permanente también trajo consigo un cambio en la forma de inserción en la ciudad (Tabla 1). Desde mediados de siglo, al analizar a los inmigrantes que llevaban menos de tres años residiendo en la capital (lo que se logra discriminando a los recién llegados es crear una selección en la que las características de residencia y de la estructura familiar se aproximen lo más posible a las que tuvieron en su momento de llegada, Mendiola, 2002), se puede observar cómo el recurso a la solidaridad familiar y de las redes de parentesco aumentó paulatinamente en detrimento de la figura del inmigrante individual que acudía a la oferta del realquiler o a emplearse en el servicio doméstico fundamentalmente como medio de entrada en la ciudad.

Estos contingentes migratorios trajeron con ellos pautas de comportamiento y de organización que tuvieron fuertes repercusiones en la vida de la ciudad. La misma denominación que elegían para rellenar la



TABLA 1

*Grado de parentesco de los inmigrantes recién llegados al Ensanche  
Este en relación con el cabeza de familia del hogar en el que residían (en porcentaje)*

<b>Año</b>	<b>Miembro de familia nuclear</b>	<b>Parientes ajenos al núcleo</b>	<b>Servicio Doméstico</b>	<b>Sin Parentesco</b>
1860	40,12	7,85	25,87	26,16
1878	47,68	12,52	28,1	11,71
1905	44,3	14,05	34,94	6,7

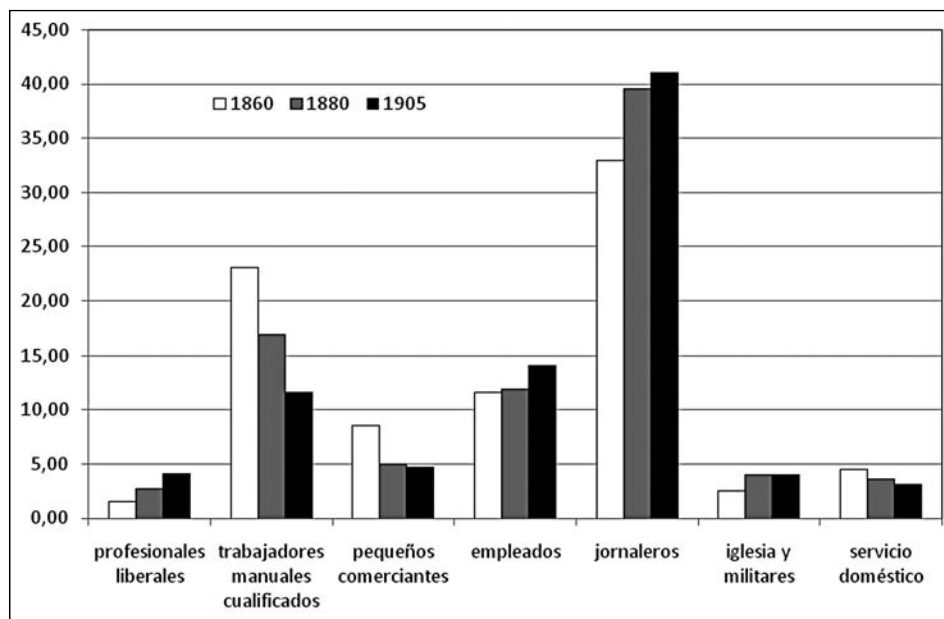
[Fuente: Elaboración propia a partir de las hojas de empadronamiento de Madrid de los años 1860, 1878 y 1905. AVM. Estadística]

rúbrica de profesión en los padrones municipales hacía pensar en una invasión de la capital por el campo. Generalmente se presentaban en la estadística como «jornaleros», porque venían de alternar una siega en un pueblo con una siembra en otro, siempre deambulando al azar de las contrataciones. Como jornaleros también se comportaban en el mercado laboral madrileño, saltando de un empleo a otro y sobreviviendo de lo que fuera. Tal pauta de comportamiento chocaba frontalmente con la organización tradicional del trabajo en Madrid, basado en un minifundismo de talleres y pequeños comercios de tipo familiar en el que los saberes y los negocios, así como los empleos, se transmitían en numerosas ocasiones a través del parentesco (Sánchez Nieto, 2006). De tal modo que, en un Madrid que contaba sólo con unos pocos grandes talleres (los principales vinculados al Estado o la Corona, como la Casa de la Moneda, la Real Fábrica de Tapices o la de Tabacos) que no estaban mecanizados, esos inmigrantes que acudían en flujos cada vez más intensos encontraban escasas oportunidades de integrarse en los circuitos económicos de la ciudad.

De este modo los jornaleros, un grupo socioprofesional relativamente reducido a comienzos del siglo XIX en el paisaje social madrileño, se fue convirtiendo poco a poco en el más numeroso entre la población de la capital hasta erigirse en el que daba el tono de la ciudad (Figura 2), ensombreciendo a los artesanos que hasta entonces habían sido los protagonistas del mercado laboral madrileño. No obstante, aunque la llegada de esta nueva inmigración fue un factor fundamental en el deterioro de las condiciones laborales de la ciudad, no fue su única causa. De hecho, la aparición de estos trabajadores no cualificados vino

FIGURA 2

*Evolución de los principales sectores profesionales del mercado laboral masculino de Madrid (1860-1905)*



[Elaboración propia a partir de las hojas de empadronamiento municipal del Ensanche de 1860, 1880 y 1905. AVM, Estadística]

a reforzar un proceso de erosión del mundo artesanal que hundía sus raíces en el siglo XVIII (Sánchez Nieto 2006). La presencia en Madrid de la nueva mano de obra inmigrante radicalizó ese proceso de corrosión de los oficios. Eran trabajadores dispuestos a cualquier tarea por dura que fuera y por mal pagada que estuviera, y cuando fue abolida en 1834 la regulación gremial de las profesiones, dueños de talleres e industriales no dudaron en incorporarlos al trabajo para reducir costes salariales en competencia con los trabajadores cualificados (Carballo, Pallol y Vicente, 2008; Pallol 2009).

Durante la segunda mitad del siglo XIX, la estructura económica madrileña inició un largo proceso de transformación desde la otrora dominante economía preindustrial hacia la moderna ciudad de servicios en la que se convertiría en el primer tercio del siglo XX (Carballo, Pallol y Vicente, 2010). Este periodo bisagra se caracterizó por una marcada tendencia hacia la pauperización generalizada (inestabilidad laboral,

descenso en la cualificación, salarios miserables) de una amplia capa de la mano de obra de la ciudad (ver Figuras 2 y 3). La ingente inmigración de origen rural no sólo favoreció la creación de la figura del jornalero urbano, sino que consolidó a Madrid como el más amplio mercado de consumo nacional. El atomizado sector comercial y artesanal de la ciudad pudo sobrevivir unas décadas más, gracias a los beneficios de la aglomeración y cercanía al lugar de distribución y venta, pues siguió siendo todavía competente en el abastecimiento primario de la ciudad. Pero ello no fue óbice para que, debido a la poca cualificación laboral necesaria y la escasa productividad imperante, se produjera la intrusión del jornalero en un mundo artesanal en descomposición generando una profunda corrosión de los oficios.

La pauperización de un mercado laboral urbano como el de Madrid no fue el único caso a nivel europeo. La historiografía anglosajona ha analizado la economía decimonónica de Londres bajo este mismo prisma; así, la capital inglesa, se caracterizaba por ser un amplio mercado dominado por pequeños talleres y una extendida producción manual doméstica que sobrevivió hasta el final de la Gran Guerra gracias a la explotación de las pobres masas de inmigrantes que llegaban a Londres (Stedman Jones, 1971; Green, 1995). Aunque dicha visión, conocida como la tesis de la *immiserisation*, ha sido revisada en los últimos años a tenor de la renovada importancia concedida al tráfico mercantil del puerto de Londres, al papel redistribuidor de recursos, capitales y capital humano que la ciudad adquirió gracias al desarrollo de los transportes nacionales ya a mediados del siglo XIX, y al mantenimiento y desarrollo de nuevas pautas comerciales y de ocio en el principal centro de consumo del *taller del mundo* durante este período (Ball y Sunderland, 2001), lo que está claro es que no fue necesario el surgimiento de un mercado de trabajo vinculado a las fábricas para que se ampliara el mercado laboral de la capital inglesa.

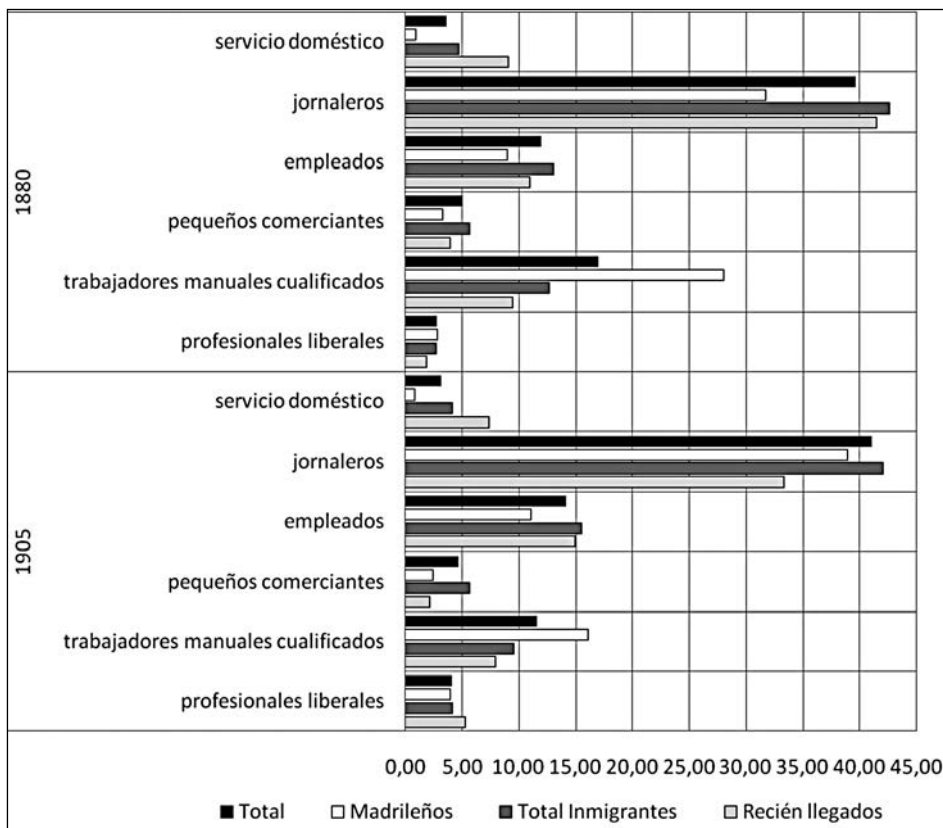
En el caso de Madrid, ausente de las grandes rutas comerciales europeas y alejado de las principales fuentes de energía de la época (carbón, hierro y agua), la modernización económica de la ciudad no se produjo hasta la entrada en el siglo XX, una vez que el mercado nacional se vertebró y la posición de la capital como nudo de comunicaciones, eje de la administración y ciudad de servicios atrajo a su seno a un pujante sector financiero y a los primeros representantes de la gran empresa privada nacional e internacional.

A comienzos del siglo XX, en el momento álgido de esta dinámica económica, los trabajadores no cualificados suponían casi la mitad de la mano de obra de la ciudad. La grave crisis urbana que se gestaba entre la realidad de una población en aumento y la incapacidad de la ciudad para darle una forma de vida digna y una fuente de empleo estable no comenzó a solventarse hasta que las autoridades madrileñas asumieron que la inmigración no era un fenómeno coyuntural que se pudiera frenar. Fue el trabajo en las obras de edificación del Ensanche, la construcción del Canal de Isabel II y el levantamiento del tendido ferroviario lo que garantizó la supervivencia a esos inmigrantes que continuaban acudiendo sin pausa. Eso no quiere decir que se produjera una mejora en las condiciones de vida de esos jornaleros. De hecho, la apuesta por el sector inmobiliario como vía de desarrollo económico supuso la consolidación de ese deterioro de las condiciones laborales de los trabajadores manuales que se había iniciado tiempo atrás.

No obstante, el reforzamiento liberal de Madrid como capital del Estado, centro nodal de las comunicaciones y centro redistribuidor de recursos, mercancías y capitales trajo consigo el inicio de nuevas transformaciones económicas que también vincularon fuertemente transformación del mercado laboral y flujos migratorios. El fenómeno más importante fue el lento, aunque imparable, desarrollo del sector servicios que expandió su número de trabajadores durante las últimas décadas de siglo XIX (Figura 2), ofreciendo una veta de contratación claramente abierta a la inmigración (Figura 3). Aunque la incorporación del inmigrante a la economía madrileña se produjo a través de la fórmula del jornalero de una manera abrumadoramente mayoritaria, este fenómeno experimentó fluctuaciones de distintos significados entre 1860 y 1905. El punto álgido pareció producirse hacia 1880, cuando un 41% de todos los inmigrantes varones con menos de dos años de residencia en la ciudad se presentaban como trabajadores a jornal. Eran los tiempos de la abundancia del trabajo en la construcción y en los que se confirmaba la incapacidad de los talleres artesanos para incorporar trabajadores cualificados, que sólo eran un 10% de toda la inmigración masculina reciente. Veinticinco años más tarde, en 1905, los inmigrantes que entraban en Madrid aún comenzaban mayoritariamente trabajando como jornaleros, pero ya no con tanta intensidad (un 33%), porque se habían abierto nuevas oportunidades para hacerse un hueco en el mercado laboral de la capital (Figura 3).

FIGURA 3

Incidencia de la inmigración en la inserción laboral masculina de Madrid (1880-1905)



[Elaboración propia a partir de las hojas de empadronamiento municipal del Ensanche de 1880 y 1905. AVM, Estadística]

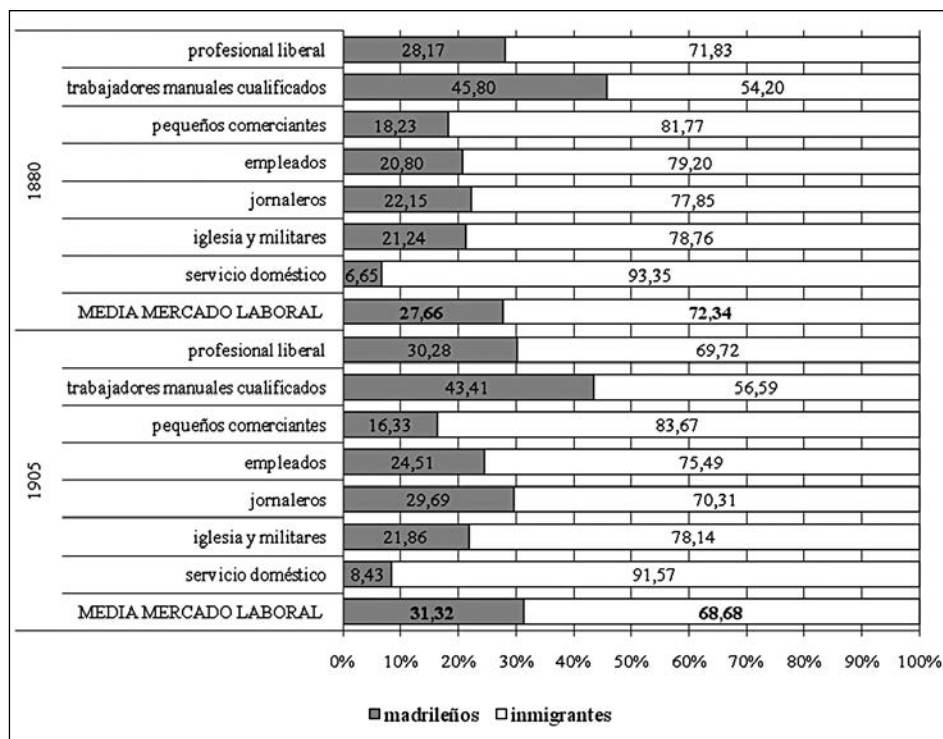
El análisis de la participación de los inmigrantes varones (tanto en su conjunto como sólo de aquellos que acababan de llegar) en el mercado laboral permite comprender mejor las diferentes corrientes y dinámicas migratorias que confluían en el Madrid de finales del siglo XIX. En la decisión de emigrar hacia la ciudad no sólo influían las oportunidades que ofrecía el mercado laboral en lo inmediato, sino también las que abría a más largo plazo. Al que acudía a Madrid le arrastraba tanto una oferta laboral concreta como el ejemplo de otros paisanos suyos que ya habían emprendido ese viaje muchos años atrás y que habían logrado consolidar un cierto bienestar. Por otro lado, parece necesario pregun-

tarse por el grado de participación que tenían los inmigrantes en los distintos sectores de una economía que, bajo la hegemonía del negocio inmobiliario, escondía una naturaleza mucho más compleja y diversa, con una gama muy variada de condiciones laborales y salarios.

En Madrid, a finales del XIX, prácticamente todos los sectores de actividad laboral estaban abiertos a los inmigrantes. Los que llegaban en busca de trabajo se podían emplear preferencialmente como jornaleros en un primer momento, pero más tarde podían presentárseles mejores oportunidades. Una de ellas era convertirse en un empleado en cualquier ramo de la administración, cuyas instituciones abundaban en la ciudad. Aunque no optasen a cargos como los de contable o secretario en un ministerio, sí podían ser contratados como conserjes, guardias, jardineros o porteros (de hecho, según el padrón de 1905, sólo el 10% de los porteros de finca urbana del Ensanche Este eran madrileños, lo que se percibe que era un trabajo que les era «reservado»). Los primeros tiempos en la ciudad eran duros, pero si uno lograba moverse con habilidad, podía establecerse en puestos laborales un poco más estables y mejor pagados vinculados a los mil y un servicios y trabajos que exigía una ciudad que a la altura de 1900 contaba con medio millón de habitantes: cocheros, serenos, cobradores de tranvía, bomberos, guardias urbanos, y un largo etcétera. Por otro lado, además de esa masa de inmigrantes jornaleros que nutría la mayor parte de la inmigración, Madrid también era el destino de muchos miembros de las elites provinciales que encontraban su ciudad natal demasiado pequeña y carente de oportunidades para ascender socialmente o simplemente para sacar provecho a todas sus capacidades. Jóvenes y no tan jóvenes procedentes de las clases medias y altas, que habían realizado estudios de bachillerato o universitarios, acudían a la capital del Estado donde se podía trepar mucho más alto en el escalafón del funcionariado o de la judicatura. Unos y otros, inmigrantes que lograban pasar de jornaleros a conserjes e inmigrantes que venían a sacar partido a su talento en los ministerios, explican que la presencia de forasteros entre el grupo de empleados fuera elevado: en 1880, el 79% de los trabajadores en los servicios no habían nacido en la ciudad, cuando esa proporción era del 71% para el conjunto del mercado laboral. En 1905 eran un 75% de todos los empleados y un 68% de los trabajadores de la urbe.

El trabajo manual no cualificado pagado a jornal y el empleo en los servicios eran los sectores que incorporaban a un mayor número de trabajadores forasteros en términos absolutos. Frente al artesanado que

**FIGURA 4**  
 Peso de la inmigración en los distintos sectores del mercado laboral masculino del  
 Ensanche de Madrid (1880 y 1905)



[Elaboración propia a partir de las hojas de empadronamiento municipal del Ensanche de 1880 y 1905. AVM, Estadística]

parecía cerrar sus puertas al recién llegado (Figura 3), estos dos ámbitos del mercado laboral, que cobraban cada vez mayor protagonismo en la economía madrileña, se mostraban especialmente permeables a los inmigrantes. También cabe destacar determinadas profesiones que, más que abiertas a los inmigrantes, estaban monopolizadas por ellos. Esto sucedía con los criados y con los pequeños comerciantes que, si bien representaban grupos profesionales de escaso peso en la ciudad, son la muestra de la coexistencia de otras formas de inmigración junto a las grandes corrientes dominantes.

En el caso de los criados se trataba de una práctica en claro declive que tendía a desaparecer. Hacía tiempo que el servicio doméstico se

había feminizado y los varones que se empleaban en este sector conformaban en su gran mayoría un grupo selecto de mayordomos, ayudantes de cámara, chóferes particulares, mozos de comedor o encargados de caballerizas y que eran un lujo reservado a un puñado de familias. Ahora bien, ese puñado de familias en Madrid era relativamente numeroso, porque en la capital se concentraban las más rancias y antiguas estirpes aristocráticas que conservaban las costumbres ostentosas y las formas de vida de un Antiguo Régimen que no terminaba de disolverse a pesar de los evidentes arreos de la modernidad. La procedencia de esos sirvientes varones que aún subsistían en la ciudad evidencia que ser criado era equivalente a ser inmigrante: un 93% lo era en 1880 y un 91% en 1905.

Los pequeños comerciantes representan un caso muy diferente. La figura del pequeño tendero estaba lejos de desaparecer por aquel entonces. A medida que la ciudad crecía, las necesidades de abastecimiento también lo hacían. En los nuevos barrios que se construyeron en la zona de Ensanche, los bajos y locales comerciales de los inmuebles recién construidos fueron ocupándose con vaquerías, despachos de pan, carbonerías, ultramarinos y tiendas de comestibles donde pudieran acudir los nuevos vecinos (Carballo, Pallol y Vicente, 2008). El número de tiendas se multiplicó en proporción al de los habitantes sin que estos establecimientos aumentaran su tamaño ni su número de trabajadores, manteniendo un «minifundismo comercial» en donde la tienda familiar era la protagonista y las prácticas y formas de trabajo estaban aún marcadas por la tradición y la costumbre (Nielfa, 1985).

Estas tiendas humildes se convirtieron en piezas claves para los inmigrantes. En primer lugar, porque constituían uno de esos reclamos que hacen comprensible la esperanza de prosperidad que albergaban muchos de ellos. La tienda de ultramarinos era una oportunidad de negocio inmediata para muchos habitantes de localidades más o menos cercanas a Madrid que se sintieran tentados a cambiar su pueblo por la gran capital. La gran concentración de habitantes en ella exigía que una cada vez más extensa parte de su área rural circundante se destinara a la producción de alimentos para una población que los devoraba en grandes cantidades. Campesinos y ganaderos vivían de vender su grano, su uva, sus vacas, cerdos y gallinas a la gran urbe y para ellos tan importante era una buena cosecha o asegurarse buen pasto como una buena colocación de sus mercancías en el mercado más amplio de España. Aunque gran parte de la producción agrícola y ganadera pudiera ser controlada



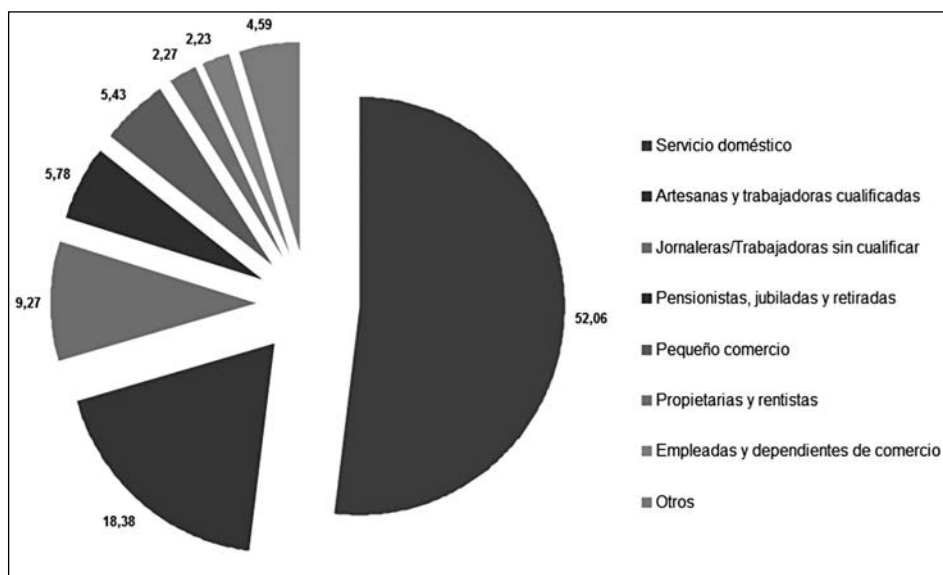
por determinados comerciantes y pasara por el mercado de abastos, también existía este mercado de distribución al detalle en el que el emigrante jugaba un papel crucial. Las vaquerías o las bodegas, por ejemplo, muchas veces distribuían en la ciudad la producción de un pueblo o una comarca concreta; tras el mostrador, estaba uno de los oriundos que servía de enlace en la ciudad para la venta del vino del pueblo toledano de Méndrida, de la leche de las vacas de la Vega del Pas o de la miel de la Alcarria. También se podía tratar de comerciantes de localidades cercanas que, una vez que habían reunido un capital suficiente, se lanzaban a la ciudad para seguir acrecentándolo. Los caminos que llevaban a convertirse en un tendero de barrio en Madrid eran muy variados y a veces difíciles de reconstruir, pero la estadística deja una cosa clara, los que los transitaban eran en una inmensa mayoría forasteros (más del 80%; Figura 4) y los madrileños que regentaban un negocio una rareza.

## **2. ENTRE EL ANONIMATO Y LA SERVIDUMBRE: EL MERCADO LABORAL FEMENINO DE MADRID**

Un retrato de las relaciones entre flujos migratorios y mercado laboral en el Madrid de finales del siglo XIX no estaría completo sin un análisis de las formas específicas en las que se situaban las mujeres en esta encrucijada. Son conocidas las limitaciones de las fuentes estadísticas para el conocimiento de la participación de las mujeres en el mercado laboral, sepultadas en una inmensa mayoría bajo la rúbrica de «sus labores» (Arbaiza, 2000). Ya fueran madrileñas o inmigrantes, tanto las mujeres de las clases populares como de las clases medias realizaban una contribución a la economía familiar indispensable cuyo rastro es mucho más difícil seguir en la documentación que en el caso de los varones. Dos razones principales explican esta ocultación. La primera es de orden cultural y tiene que ver con la desconsideración y los prejuicios que existían hacia el trabajo femenino extradoméstico. El discurso social dominante en la época, al menos entre las clases medias y altas, proyectaba un ideal basado en que las relaciones entre géneros implicaban dos esferas separadas de actividad: una pública para los varones, a los que se consideraban los responsables de ganar el pan, y una doméstica, reservada a las mujeres, cuyos esfuerzos debían consagrarse a ser ángeles del hogar que garantizaran el cuidado de hijos y marido (Gómez-Ferrer, 1994; Pérez-Fuentes, 2004). La asunción de este discurso por una parte de la pobla-

FIGURA 5

Registro del trabajo asalariado femenino en el Ensanche de Madrid (1880)



[Elaboración propia a partir de las hojas de empadronamiento municipal del Ensanche de 1880. AVM, Estadística. Para la realización de este gráfico sólo se han contabilizado a las mujeres mayores de 14 años residentes en el Ensanche en 1880 (6.470 casos) que declararon alguna profesión.]

ción hizo que en muchas ocasiones esposas e hijas fueran presentadas en las hojas de registro municipales con la dedicación a sus labores y sin mencionar otras actividades que pudieran desempeñar, empleadas en talleres, tiendas de barrio, fábricas, o en el propio domicilio, en un deseo de ajustar su imagen a la de ese ideal (Nielfa, 1981).

No se debe olvidar la otra razón que explica la abrumadora abundancia de mujeres que aparecen dedicadas a sus labores en los padrones y que tiene que ver con la importancia que estas tareas tenían para la supervivencia económica de la familia. Ser ama de casa era una actividad que bien podía superar en horas y esfuerzos a un trabajo en el taller o en la fábrica (Camps, 1999). Entonces, asegurar una despensa con alimentos de difícil conserva, lavar una ropa que era escasa y necesitaba ser remendada frecuentemente, abastecer de agua la vivienda o cocinar eran labores que absorbían una gran cantidad de tiempo y trabajo y es razonable que la principal actividad de las esposas y también de las hijas fuera la de ser amas de casas. Eso no quitaba que, de forma

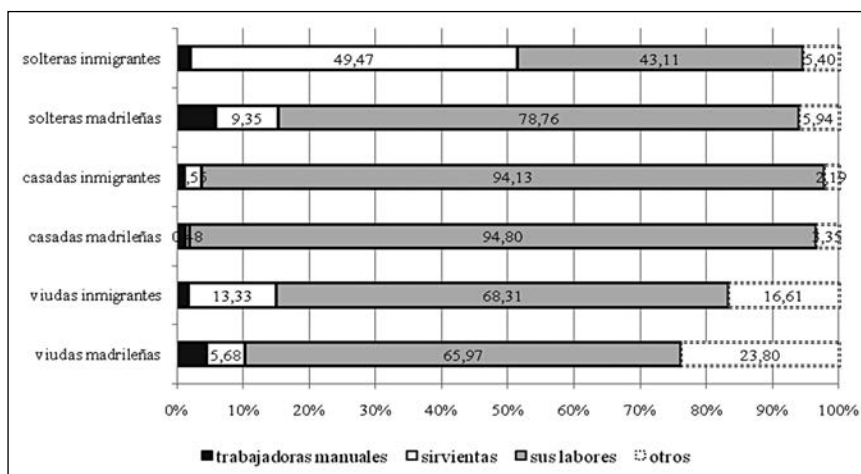
esporádica buscaran trabajos que pudieran realizar a destajo o a domicilio, bajando al lavadero, cosiendo para un taller o limpiando las escaleras y el portal del inmueble en el que se encontraba el hogar familiar.

Fuera por una razón o por la otra, lo cierto es que sólo en casos excepcionales las mujeres se presentaban en la estadística desempeñando un empleo formal que les proporcionara una fuente regular de ingresos monetarios (sólo el 25% de las mujeres mayores de 14 años residentes en el Ensanche lo hicieron en el padrón de 1905). En realidad sólo lo hacían con una cierta frecuencia en aquellas situaciones en que eran las cabezas de familia y no había ningún varón que aportara un salario al hogar. Muchas mujeres jóvenes y solteras solían emplearse en talleres y fábricas en trabajos relativamente fijos que a veces reconocían en la estadística pero que solían abandonar una vez que accedían al matrimonio (Figura 6). También parecía haber menos remilgos para reconocer el origen de los ingresos entre las mujeres viudas, muchas de las cuales indicaban ser pensionistas o rentistas (y que se han incluido en la rúbrica de otros en la Figura 5). Para las casadas, raramente se reconocía una profesión o un trabajo al margen del hogar; tanto las mujeres nacidas en Madrid como fuera declaraban ser abrumadoramente amas de casa (el 94% de todas las inscritas en la zona de Ensanche). Sin embargo, en todos los casos, la situación era mucho más compleja y probablemente una gran mayoría de mujeres, fundamentalmente entre las clases populares, se movían en ese espacio ambiguo que se les reservaba en el mercado laboral, absorbidas por las intensas tareas no remuneradas que exigía el bienestar de la familia y alternándolas con pequeños empleos esporádicos, temporales e informales, como costureras, lavanderas o en cualquier otro ámbito (Carballo, Pallol y Vicente, 2008; Pallol, 2009).

Sólo en una profesión se puede determinar con fiabilidad la participación de las mujeres en el mercado laboral; es el caso de las criadas empleadas como internas en las familias de las clases medias y altas de la ciudad. A diferencia de otros empleos, la de sirvienta era una condición registrada sistemáticamente en los padrones. Primero porque había que justificar la presencia dentro del hogar de una persona que no pertenecía a la familia y por eso los cabezas de familia que tenían criadas no dudaban en registrarlas. Segundo porque lejos de ser vergonzoso para esos respetables ciudadanos, el contar con servicio doméstico era un signo de ostentación y de estatus social.

FIGURA 6

Estructura socioprofesional femenina según la procedencia y el estado civil (1905)



[Elaboración propia a partir de las hojas de empadronamiento municipal del Ensanche de 1905. AVM, sección de Estadística. El número de casos analizados en el gráfico por categoría es el siguiente: 14.415 mujeres solteras inmigrantes, 8.095 solteras madrileñas, 17.848 casadas inmigrantes, 5.194 casadas madrileñas, 7.368 viudas inmigrantes y 1.584 viudas madrileñas. En total, en el Ensanche residían 54.504 mujeres mayores de 14 años, edad a partir de la cual podían legalmente tener un trabajo remunerado, lo cual no impedía que lo hicieran antes de esa edad].

Sólo en el Ensanche de la capital, en el trabajo en el servicio doméstico a la altura de 1905 se habían reclutado 9.441 trabajadoras que, como en el caso de los varones, eran en una inmensa mayoría inmigrantes (un 95%). Hasta aquí el paralelismo, porque el trabajo como sirvienta difería mucho en su importancia, volumen y significado entre géneros. La contratación de una criada, que vivía junto a la familia y a la que se le podía pagar un escueto sueldo mensual entre las 10 y 15 pesetas, era una práctica que, no sólo era propia entre la elite social de Madrid como en el caso de los criados varones, sino que estaba muy difundida entre las clases medias e incluso entre las franjas más privilegiadas de las clases populares. La dureza de las tareas que rodeaban el mantenimiento de un hogar y el cuidado de una familia, hacía que el primer dinero del que disponía una familia, una vez cubiertas las necesidades básicas generalmente fuera destinado a la contratación de una sirvienta. Madrid ofrecía así una oferta de contratación laboral formal y abundante a las mujeres y que destacaba en el panorama general de su marginación en los mercados laborales más formalizados.

El perfil demográfico de las sirvientas era claro. Prácticamente todas eran mujeres jóvenes, solteras e inmigrantes. De hecho, ser mujer, soltera e inmigrante era prácticamente sinónimo de ser criada, puesto que prácticamente una de cada dos mujeres residentes en el Ensanche lo era. En cambio, las jóvenes madrileñas aún no casadas que se decidían por esta forma de trabajo eran mucho más escasas. También había un pequeño grupo de mujeres viudas, en general inmigrantes, que renunciaban a tener un hogar propio para ponerse a servir en casa de alguna familia a cambio de un pequeño salario y la manutención. Desde luego, lo que era una rareza eran las criadas casadas, ya que esta profesión hacía prácticamente imposible toda conciliación con una vida familiar propia. De hecho, es precisamente la vida familiar, y más concretamente las decisiones de estrategia económica tomadas en su seno, las que hacen comprensible esa predilección de las solteras inmigrantes por el mercado laboral del servicio doméstico y, en cambio, la renuncia que mostraban las solteras madrileñas a participar en él (Figura 6).

Si las mujeres solteras que habían nacido en la capital no se empleaban como criadas era porque podía ser económicamente más interesante para sus familias que permanecieran en el hogar. Las tareas domésticas exigían siempre más brazos que los de la esposa y era más útil que se quedaran junto a sus padres a que marcharan a buscar un sueldo exiguo en una casa burguesa. Por otro lado, siempre podían hacer como sus madres y aprovechar las ocasiones para emplearse esporádicamente en algún taller de costura o buscar tiempo para trabajar a domicilio como costurera. La poca seguridad y la escasez salarial de jornaleros y artesanos, además de insuficiente para cubrir todos los gastos del hogar, exigían que, junto al cabeza de familia que se presentaba como ganapán, se contara con hijos e hijas para traer dinero a casa y por eso las mujeres solteras madrileñas renunciaban al trabajo servicio doméstico.

En la misma condición se veían muchas jóvenes que aparecían en la estadística como solteras e inmigrantes y que en realidad habían llegado a Madrid siendo niñas, junto a sus padres, para instalarse en la ciudad. Formaban parte de esas legiones de familias de trabajadores sin una cualificación específica, que acudían a la capital en flujos cada vez más intensos desde 1850 y que venían huyendo de la pobreza para encontrarse con el decepcionante páramo laboral creado por la corrosión del viejo orden artesanal. Eran hijas de obreros, de jornaleros, de trabajadores manuales o como se les quisiera llamar. Lo único que les dife-

reñaba de las «madrileñas» era un remoto origen del que probablemente ni se acordaban, pero la lógica que marcaba sus vidas era muy similar. Apenas había diferencia en las estrategias económicas de las familias jornaleras y artesanas de inmigrantes y nativos. Todas estaban marcadas por la escasez, por la necesidad de juntar varios salarios para llegar a final de mes y por el acento que se ponía en la unión para conseguir el incierto objetivo de la supervivencia. En ese sentido, poco importaba el origen. Para las mujeres solteras que pretendían una estancia definitiva en la capital, era casi obligatoria su inserción en una familia, a cuyas estrategias económicas se supeditaban, teniéndose que resignar a la ambigua condición laboral que imponía el desempeño de «sus labores».

En cambio, esas numerosas sirvientas inmigrantes que trabajaban en Madrid respondían a unas pautas migratorias y a unas estrategias económicas muy diferentes. Si las solteras que se dedicaban a sus labores pertenecían a esas clases populares que, en un fenómeno relativamente reciente, estaban provocando el estirón demográfico madrileño a golpes de inmigración, las criadas, por el contrario, representaban un tipo de población flotante cuya presencia no era demasiado novedosa en la capital. Siempre había habido criadas en Madrid y siempre se habían comportado de manera similar. Siguiendo una práctica secular, las muchachas que venían a servir a la capital llegaban en un momento muy concreto de sus vidas, hacia los 14 o 15 años y para un tiempo muy limitado. (Sarasúa, 1994a) Su intención era la de emplearse como criadas sólo durante su juventud, en los años previos al matrimonio, para ahorrar un poco de dinero con el que comenzar su vida de casada, la mayor parte de los casos en su pueblo de origen. Las suyas eran migraciones de ida y vuelta, que si bien tenían una trascendencia económica indudable, no contribuían de manera decisiva al crecimiento de la población de la capital. Estos flujos de circulación de jóvenes trabajadoras se inscribían en las antiguas dinámicas demográficas de Madrid, propias del Antiguo Régimen, cuando la ciudad podía oscilar coyunturalmente en su número de habitantes pero no experimentaba nunca un crecimiento intenso ni sostenido.

Por un lado, las jóvenes solteras que se consagraban a «sus labores» para garantizar la reproducción de sus familias, se enmarcaban dentro de esas nuevas pulsiones demográficas que a través de una inmigración creciente habían empujado a Madrid hacia la moderna senda del crecimiento de población y de la urbanización. Por el otro lado, las criadas que

en movimiento circular, parecían perpetuar prácticas económicas y formas de vida propias de un tiempo pasado. Este contraste entre tradición y modernidad, nuevas y viejas dinámicas migratorias, resume perfectamente la complejidad de las relaciones entre mercado laboral y flujos de población en el Madrid de la segunda mitad del siglo XIX. Toda una gama de situaciones cuya variedad y diversidad se enriquece aún más si, al análisis del origen social, se añade el de su procedencia geográfica.

### **3. MADRID, UNA CIUDAD DE ATRACCIÓN NACIONAL**

Además de por su diversidad social y su heterogénea forma de participación en la economía, los flujos migratorios que alimentaron el crecimiento demográfico de Madrid en la segunda mitad del siglo XIX se destacaron por otro rasgo particular: su extremadamente variado origen geográfico. En este punto la capital española también se distinguió dentro de la dinámica de las demás urbes españolas, demostrando un radio de atracción de población mucho más amplio que cualquier otro centro urbano (Oyón, 2008; Pérez y Román, 2010; González Portilla, 2001).

Madrid no era la única ciudad que aumentaba en población por aquellos tiempos. Muchas otras también lo hicieron: unas experimentaron el violento despertar que provocó la industrialización en determinadas regiones, otras simplemente se vieron, como Madrid, invadidas por esas riadas de inmigrantes que de forma creciente expulsaba el campo español. En todos los casos, la inmigración fue la clave de ese crecimiento en un trasvase general de población desde los medios rurales hacia los centros urbanos que se estaba operando a lo largo y ancho de todo el país. A la hora de buscar una nueva vida, el emigrante rural primero se dirigía a la localidad que ejercía de centro comarcal o que era cabeza de partido. De los grandes pueblos las gentes fluían a las ciudades de tamaño medio y de estas a las capitales provinciales para, si acaso, en un último salto, aventurarse a las grandes ciudades. De esta manera, el crecimiento demográfico de Bilbao se produjo atrayendo primero a inmigrantes de su propia provincia, luego del resto del País Vasco para acabar succionando población desde Navarra, Castilla y la Cornisa Cantábrica (González Portilla, 2001). Barcelona atrajo primero a catalanes para luego extender sus redes por Aragón, todo el Levante y llegar hasta Andalucía (Oyón, 2008). Y así en otros lugares, hasta

completar un mapa migratorio de la Península, donde las distintas ciudades se convertían en tantas otras cuencas receptoras que recogían la inmigración de su alrededor, en un radio de atracción que se extendía por los territorios inmediatamente contiguos a cada ciudad y cuya amplitud era directamente proporcional al tamaño y dinamismo económico del centro urbano.

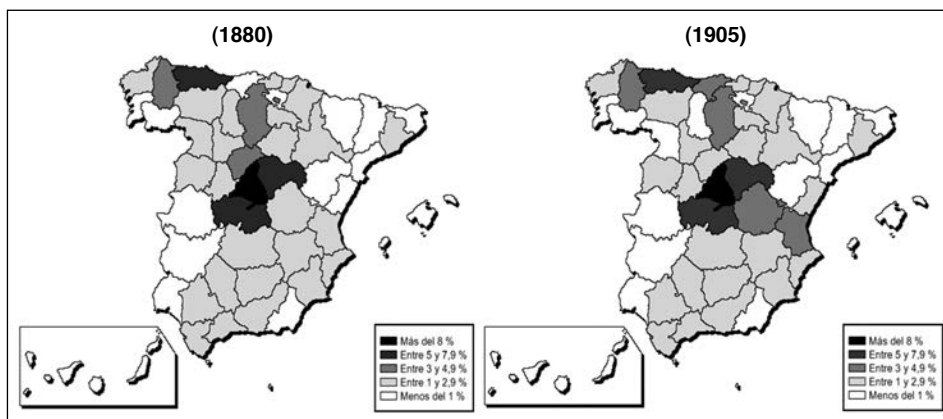
Dentro de este marco general, el caso de Madrid era excepcional por dos razones. Primero porque la capital española recibía población desde regiones lejanas desde el siglo XVI. Desde principios del ciclo de intensificación migratoria que se desató a partir de 1850, además de la propia provincia de Madrid y las de los alrededores como Guadalajara y Toledo, algunas provincias remotas, como Lugo, Oviedo o Alicante, aparecían como las que más población habían emitido hacia la capital. En Madrid las migraciones de larga distancia tuvieron siempre una particular importancia, mucho mayor que en el resto de las ciudades españolas (Carbajo, 1987). Y no sólo se trataba de que Madrid fuera capaz de atraer gentes desde más lejos, sino que también se las robaba a sus teóricas rivales del momento, como por ejemplo a Barcelona. Bien es cierto que la población aragonesa o catalana era por lo general muy escasa en la capital. Los emigrantes de estas regiones tenían en Barcelona o Zaragoza destinos lo suficientemente atractivos y cercanos como para descartar el viaje a Madrid. Lo que sorprende es la llegada de inmigrantes desde Barcelona, muchos de ellos procedentes de la propia ciudad condal. Algo que también sucedía con Vizcaya, provincia que a pesar de estar experimentando una importante llegada de nueva población, nunca dejó de contribuir también con sus propios emigrantes hacia la capital española (Figura 7).

El segundo rasgo que singularizó el papel de Madrid en la acogida de las corrientes migratorias estaba íntimamente relacionado con la existencia de esas migraciones de larga distancia. En ciudades como Bilbao o Barcelona, el área de atracción que ejercían se fue extendiendo como una mancha de aceite y primero atraieron poblaciones de áreas cercanas para ir extendiendo su influjo hacia zonas cada vez más lejanas. En Madrid sucedió al revés. Provincias como Coruña, Lugo, Oviedo o Alicante nunca dejaron de tener un importante peso en la formación de la población madrileña entre 1850 y 1905. Lo que sucedió es que las migraciones de corta y media distancia procedentes de provincias limítrofes y de índole temporal que antes no parecían dejar una huella demográfica demasiado profunda en la ciudad, se convirtieron en per-



FIGURA 7

Procedencia de la inmigración llegada al Ensanche por provincias



[Elaboración propia a partir de las hojas de empadronamiento municipal del Ensanche de 1880 y 1905. AVM, Estadística]

manentes y estables y fueron aumentando los nacidos en Guadalajara, Toledo y resto de provincias circundantes, rivalizando con gallegos y asturianos en la composición de la población madrileña. También se pudo observar cómo el campo de gravedad que generaba la capital española se hacía cada vez más extenso y cómo nuevas zonas empezaron a enviar flujos de población cada vez más intensos, como las dos Castillas y Andalucía. Salvo por la excepción de provincias demasiado lejanas o poco pobladas para influir en la composición demográfica de la ciudad, o por aquellas sobre las que Barcelona ejercía un poderoso influjo, lo cierto es que hacia 1905 Madrid era una capital que nacía de la mezcla de gentes de casi todas las regiones españolas.

Del estudio de la inserción laboral de los inmigrantes en Madrid según su procedencia, aparece una tenue tendencia general por la cual, a mayor distancia recorrida por el inmigrante más cualificado estaba y al revés, una dinámica visible también en la ciudad de Barcelona (Mora-Sitjá, 2004; Oyón, 2008). Sin embargo, existían lugares de origen cuyos inmigrantes no pueden ser encuadrados dentro de esa ecuación distancia-cualificación. Pues no había de ser lo mismo emprender la travesía desde una región como Galicia, de carácter marcadamente rural, que desde Cataluña, cuyos habitantes ya conocían seguramente lo que era una gran ciudad, por haber visitado Barcelona. Tampoco podían esperar lo mismo del mercado laboral madrileño los que venían del

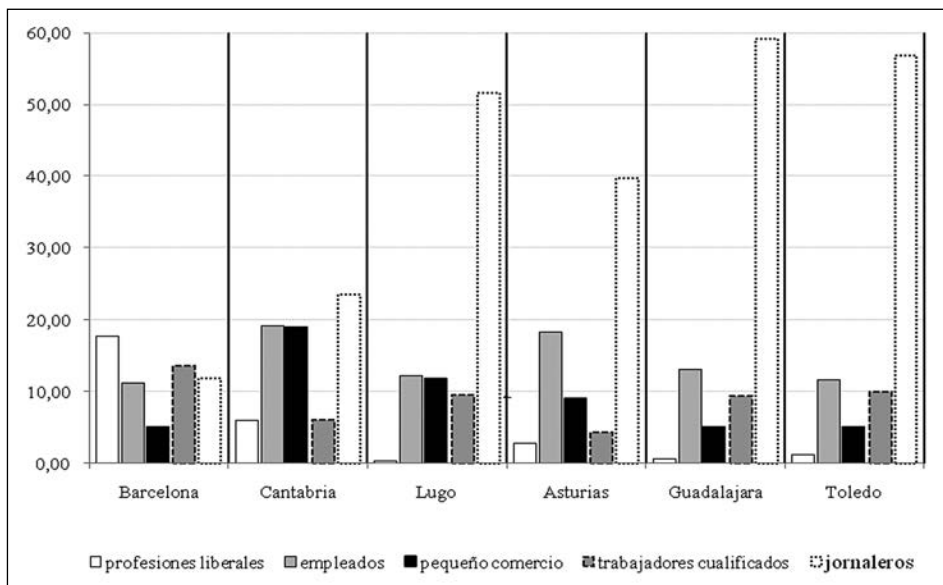
campo y los que venían de una región urbana, que se moverían con más soltura y éxito. También habían de existir grandes diferencias en la experiencia de aquel viaje entre los que venían de zonas lejanas como Cantabria y de territorios cercanos como Toledo o Guadalajara. Para los primeros, la apuesta por una nueva vida en Madrid era una decisión con poca posibilidad de vuelta atrás y que debía estar muy meditada o responder a un imperativo lo suficientemente fuerte como para realizar un viaje de más de 400 kilómetros y varias jornadas en el camino. Para los segundos no adquiriría esos tintes de odisea; muchos de los toledanos y arriacenses ya conocían probablemente la capital, por haber estado antes o porque lo había hecho alguno de sus paisanos que les podía dar consejos para preparar tal aventura.

Tampoco era lo mismo viajar de Lugo a Madrid que hacerlo desde Barcelona, Asturias, Guadalajara o Toledo. Las diferentes condiciones de partida, tanto económicas como sociales, de unos y otros inmigrantes, su grado de familiaridad previo con la sociedad urbana y su capacidad de adaptación al particular contexto socioeconómico que encontraban al llegar a la capital, hacían que desde cada una de estas regiones la experiencia de la migración fuera diferente. También lo eran la suerte y el destino que habían de encontrar los recién llegados a la capital, tal y como lo muestran las formas de participación de los inmigrantes de ciertas provincias en el mercado laboral madrileño.

Para algunos casos, como Barcelona (Mora-Sitjá, 2002) o París (Bourdieu, 2000), se confirman las correlaciones que se daban entre la distancia recorrida por el inmigrante y su grado de cualificación como mano de obra. De Barcelona venían ante todo arquitectos, médicos, abogados y otros trabajadores que habían pasado por la universidad y, en menor medida, trabajadores manuales cualificados, jornaleros, empleados y funcionarios (Figura 8). Resultaba lógico ese cariz elitista de la inmigración catalana, teniendo en cuenta que Barcelona vivía por entonces un crecimiento urbano de parecida intensidad al madrileño y estaba absorbiendo a su vez a la población rural de sus provincias circundantes. Una familia jornalera que residiera en Barcelona no iba a encontrar oportunidades muy diferentes si se trasladaba a Madrid y, por ello, renunciaban o viajaban en menor medida que otros grupos socioprofesionales. Para las clases medias era muy diferente. Al fin y al cabo, Madrid era la capital del Estado y en ella se concentraban las cúpulas administrativas así como las sedes de otras muchas instituciones, desde las educativas y científicas hasta las militares, desde la Iglesia hasta las sedes de las más

FIGURA 8

Diferencias en la inserción laboral de los inmigrantes varones según su lugar de origen (1905)



[Elaboración propia a partir de las hojas de empadronamiento municipal del Ensanche de 1905. AVM, Estadística. El número total de casos estudiados ha sido: 1.243 hombres mayores de 14 años oriundos de la provincia de Lugo, 322 de la provincia de Barcelona, 1.710 de Asturias, 2.116 de Guadalajara, 1.954 de Toledo y 624 de Cantabria.]

importantes empresas privadas. De ahí que una parte de las clases medias y las elites barcelonesas se dirigieran hacia Madrid, para colmar ciertas aspiraciones que en su ciudad no podían satisfacer.

Este fenómeno de cooptación de elites y clases medias por Madrid se produjo a lo largo y ancho del país, incluidas también provincias más cercanas desde donde llegaban profesionales liberales, empleados y funcionarios. Pero el flujo de gente desde estas regiones vecinas era mucho más intenso y esos distinguidos trabajadores de cuello blanco quedaban ocultos en ese mar de trabajadores que realmente protagonizaban la inmigración, los jornaleros. Seis de cada diez varones que llegaban desde la vecina Guadalajara eran trabajadores no cualificados (Figura 8). Sucedió algo parecido con los de Toledo. Estas dos provincias, a las que se unían gran parte de castellanas, manchegas y andaluzas, constituían los manantiales desde los que brotaban esas familias pobres que, en su búsqueda de trabajo, desembocaban en la capital. Muchos podían ser trabajadores de pueblos más o menos cercanos que llegaban en los tiem-

pos de paro forzoso que quedaban entre cosecha y siembra. Otra gran parte eran jóvenes, recién casados, que huían de unas tierras que no les ofrecían trabajo ni en el presente ni para el futuro y que acudían a la solución más a mano que tenían, una gran ciudad donde se concentraba la suficiente riqueza como para albergar la esperanza de sobrevivir.

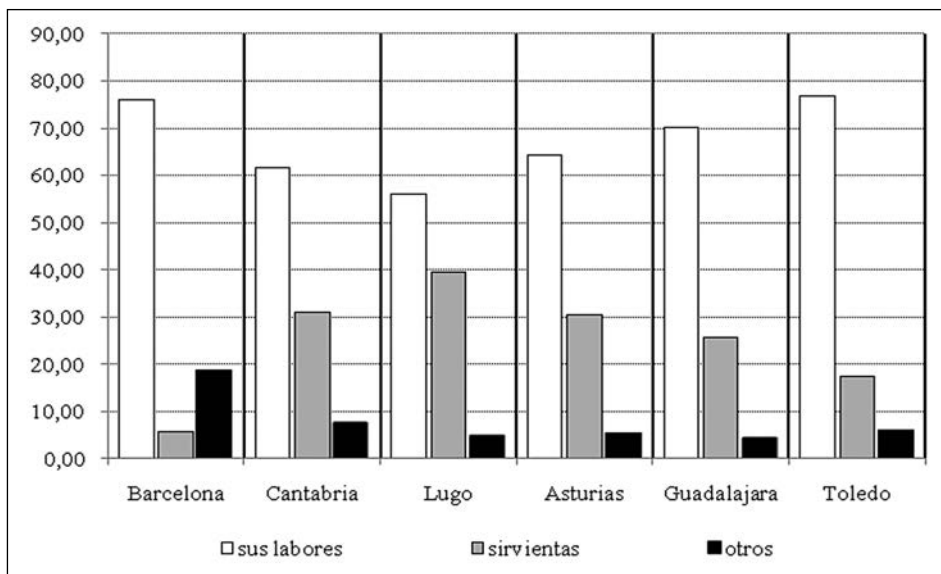
La distancia en la migración era un riesgo y para aventurarse a emprender un largo viaje había que tener garantías de desenvolverse con éxito en la ciudad. Un médico barcelonés no tendría problemas para ganarse bien la vida en la capital y no tenía por qué tener miedo a separarse tantos kilómetros de su hogar. A los jornaleros de Toledo y Guadalajara les aguardaba una dura lucha por la supervivencia en Madrid y el fracaso era más que probable pero tenían la retaguardia cerca y eso minimizaba los riesgos. En ambos casos puede funcionar una interpretación de sus decisiones en la que el futuro inmigrante hiciera un cálculo (racional o no) de las oportunidades que ofrecía emigrar a la ciudad y el coste de tal aventura. Más difícil resulta en el caso de otras comunidades de inmigrantes que, además de su gran peso en el conjunto de la población madrileña, destacaban por su origen remoto y su inserción en los sectores más desfavorecidos del mercado laboral.

Un ejemplo interesante es el de los inmigrantes originarios de Lugo y Asturias, dos provincias que desde muy antiguo habían sido de las más representadas en la capital (Figura 8). Los madrileños que decían haber nacido allí eran, como los arriacenses o los toledanos, en su gran mayoría jornaleros y trabajadores manuales sin cualificación (entre un 40 y un 50%), con la diferencia de que ellos habían hecho un largo camino para acabar en tan triste situación. Los cántabros, por su parte, presentaban un modelo mixto; entre ellos había un grupo importante de jornaleros así como otro de empleados, pero sobre todo destacaba la importancia de los pequeños comerciantes, cuyo peso era mucho mayor que entre cualquier otra comunidad inmigrante y les señalaba como ligeramente más afortunados (Carballo, Pallol y Vicente, 2009). Sin embargo, gallegos, asturianos y cántabros estaban lejos de los perfiles de clase media y elite de los barceloneses.

La participación en el mercado laboral de las mujeres procedentes de esas mismas provincias completa el retrato de las diferentes condiciones en que se producían esas migraciones (Figura 9). Una vez más, el empleo en el servicio doméstico es un índice revelador. Así, entre las mujeres venidas de Barcelona, las criadas eran excepcionales. La gran mayoría declaraba dedicarse a sus labores y, en efecto, eran amas de

FIGURA 9

Diferencias en la inserción laboral de las mujeres inmigrantes según su lugar de origen (1905)



[Elaboración propia a partir de las hojas de empadronamiento municipal del Ensanche de 1905. AVM, Estadística. El número total de casos estudiados ha sido: 1.568 mujeres mayores de 14 años oriundas de la provincia de Lugo, 335 de la provincia de Barcelona, 2.005 de Asturias, 3.404 de Guadalajara, 2.629 de Toledo y 974 de Cantabria.]

casa, retiradas del mercado laboral y cumpliendo a rajatabla el modelo de domesticidad burgués. Solían venir junto a sus maridos, también procedentes de Barcelona, que eran por lo general profesionales liberales y trabajadores de cuello blanco. Se trataba de una migración que se realizaba prioritariamente en familia y que respondía a esas pautas antes señaladas de los desplazamientos de larga distancia de las clases medias y altas, que cambiaban de ciudad siguiendo sus deseos de promoción social. Lo normal es que se tratara de matrimonios ya formados en Barcelona que se trasladaban hasta la capital y que se integraban fácilmente en la elite madrileña. Para ellos la migración no era un cambio de vida dramático sino una decisión estratégica de riesgo calculado y con resultados generalmente positivos.

Entre las mujeres llegadas desde provincias cercanas, como Guadalajara y Toledo, los caminos eran un poco más diversos aunque también dominaba esa supuesta dedicación a las labores domésticas. Por un

lado estaba un gran grupo de amas de casa, que eran las esposas e hijas de todos esos jornaleros y trabajadores manuales que desde estas mismas provincias acudían a la capital, y que repartían su tiempo entre la atención a las mil exigencias que imponía el cuidado de sus maridos e hijos y la realización de trabajos intermitentes en la costura o en la lavandería. Se inscribían en ese tipo de migraciones de corta y media distancia provocados por la transferencia de población rural hacia los centros urbanos que habían despertado el crecimiento de Madrid en las últimas décadas. Eran traslados que se realizaban cuando la familia ya estaba formada y con el ánimo de que el cambio de residencia fuera definitivo, tal y como hacían las familias barcelonesas, aunque enfrentándose a un contexto más duro. La miseria a la que condenaba el trabajo jornalero obligaba a esa estrategia familiar conjunta, en la que el trabajo descualificado del marido era inseparable del apoyo de una esposa, sin el cual la supervivencia en la ciudad habría sido imposible.

Por otro lado, entre las mujeres de Toledo y Guadalajara había un grupo significativo de criadas. Casi todas eran jóvenes solteras que se empleaban temporalmente en la capital para luego retornar a sus pueblos con los ahorros, siguiendo una práctica antigua que conectaba las ofertas de trabajo en la ciudad con las potenciales trabajadoras de los alrededores. Eran migraciones individuales y temporales, en las que se prescindía del apoyo de un grupo familiar porque no sufrían la incertidumbre de otras personas que llegaban a la capital; normalmente se había acordado de antemano la entrada como trabajadora de esa joven inmigrante en una casa burguesa y no había nada que temer. Y si el trabajo faltaba, tampoco era tan grave. El pueblo estaba cerca y se podía volver junto a la familia casi de inmediato (Sarasúa, 1994a).

Las estrategias desplegadas por los inmigrantes llegados de Lugo, Asturias y Cantabria eran muy similares a las de los que venían de provincias cercanas, porque similares eran las condiciones sociales de unos y otros. Entre estos inmigrantes de larga distancia había un primer gran grupo que llegaba en familia, siguiendo ese patrón de organización familiar en el que el marido aparecía como jornalero y la esposa como ama de casa, en un reparto de tareas que buscaba garantizar la subsistencia (Pallol, 2009: 152-169). Un segundo grupo lo constituían los inmigrantes que llegaban en solitario y solteros, tanto varones como mujeres. Los primeros también se solían emplear como jornaleros y las segundas, con especial intensidad, como criadas, incluso en mayor proporción que las toledanas y las arriacenses, a pesar de que la distancia

que les separaba de sus pueblos de origen era mucho mayor. Se comportaban de forma tan similar porque Lugo, Oviedo o Santander no estaban tan lejos como parecía, pues la distancia en una migración no se medía únicamente en kilómetros. La cercanía o la lejanía para el inmigrante dependía muchas veces más de un sentimiento que de un dato objetivo como el de la distancia. Para un muchacho o una chica solteros de estas provincias remotas, lo mismo que para una familia jornalera, lo que contaba era que al llegar hubiera algunos de los suyos para echarles una mano, que pudieran sentirse como en casa y desenvolverse con soltura en la ciudad.

La gran concentración de lucenses, provocada por las oleadas constantes de inmigrantes desde muchas décadas atrás, hacía que en muchas calles y en muchos edificios madrileños predominara el acento gallego sobre todos los demás y que el recién llegado pudiera pensar que se encontraba en su tierra natal. El estudio pormenorizado de los perfiles sociales de los inmigrantes de Lugo y de Oviedo (Pallol 2009: 152-169) ha demostrado que esa reconstrucción de la comunidad de origen no se limitaba a alianzas para compartir vivienda o barrio. Lucenses y asturianos también se concentraban en determinados sectores de la economía madrileña que monopolizaban y controlaban. En la panadería, por ejemplo que, hasta cierto punto, podía considerarse un negocio de gallegos y asturianos. En algunos barrios, como Chamberí, muchos de los tahoneros y dueños de fábricas de pan eran de estas dos regiones. Habían llegado ya hacía tiempo, veinte o treinta años atrás y simbolizaban a ese tipo de inmigrante que había triunfado, escapando de la pobreza y abriendo su propio comercio en la gran ciudad. El triunfo no les había hecho olvidarse de los suyos, ni mucho menos; de hecho su prosperidad se basaba en el mantenimiento de un estrecho contacto con sus paisanos, pues gran parte de los obreros panaderos que contrataban habían nacido en su misma provincia y frecuentemente en su mismo pueblo o comarca.

El vínculo de paisanaje facilitaba que pudieran contratarlos a un precio más bajo que lo que a los obreros madrileños o de otras provincias. Los inmigrantes, recién llegados, aceptaban esta explotación porque el tahonero paisano les proporcionaba la seguridad de un trabajo y de un lugar donde dormir en los primeros tiempos; ellos trabajaban duro, sabiendo que era una situación coyuntural y que ellos también quizá podrían algún día abrir su propio negocio y aprovecharse también de los suyos (Carballo, Pallol y Vicente: 2008, pp. 323-235). Pero las ayudas eran muchas más e iban más lejos. En las panaderías también se acogía a

mujeres jóvenes de los mismos pueblos que se empleaban como criadas en la casa del patrón y muchas veces desde allí saltaban a contrataciones en otras casas madrileñas, pues entre los paisanos circulaban las ofertas de empleo y no era difícil encontrar a dos o más muchachas de un mismo pueblo de Lugo trabajando como criadas en un mismo edificio.

El análisis podría extenderse a otras profesiones. Los gallegos y los asturianos en Madrid conquistaron otros ámbitos de negocio de la gran ciudad y así por ejemplo, las licencias para ejercer de aguador o de cochero de punto se traspasaban entre gentes de un mismo pueblo. Los cántabros hicieron de las vaquerías su fuerte y establecieron un mismo sistema a medio camino entre la explotación del paisano y la ayuda solidaria. Igualmente, junto al ganado que transitaba entre Cantabria y Madrid, viajaban las ofertas de empleo y las vaquerías montañosas de la capital eran centros de colocación de nodrizas, criadas y amas de crías (Sarasúa, 1994b; Carballo, Vicente y Pallol, 2009). En todos los casos eran redes complejas tejidas a partir de vínculos económicos, familiares y de paisanaje y de las que el inmigrante se servía para afrontar una aventura, la del viaje a la gran ciudad, en la que de otra manera nunca se habría embarcado.

#### **4. MADRID, CASO EXCEPCIONAL Y EJEMPLAR EN LAS MIGRACIONES DE FINALES DEL SIGLO XIX**

Su condición como capital del Estado influyó decisivamente en el papel que jugó Madrid como centro de atracción migratorio en el proceso de urbanización española desatado en el siglo XIX. A Madrid venían gentes desde lugares más lejanos y diversos que en cualquier otra ciudad. A pesar de su escaso dinamismo industrial, el desarrollo de la economía de servicios la convirtió, a las puertas del siglo XX, en un polo de atracción capaz de drenar capital humano desde todos los rincones del país. Ahora bien, el análisis de los flujos migratorios hacia la capital muestra cómo el repunte demográfico acaecido durante la segunda mitad del siglo XIX hundió sus raíces en las dramáticas transformaciones liberales que estaban teniendo lugar en el campo español. La única salida que encontró el campesino fue el traslado a la gran ciudad donde la diversidad de su economía y la concentración de riqueza les hacían albergar una esperanza de supervivencia. La realidad solía ser



otra: el destino de la gran mayoría pasó por la inserción en puestos de trabajo degradados y en la asunción de un modo de vida, el del jornalero, marcado por la precariedad y la pobreza.

La comprensión de los fenómenos migratorios hacia los centros urbanos españoles en la segunda mitad del siglo XIX es inviable sin un análisis estrechamente vinculado a la evolución de los mercados de trabajo. Una relación, entre inmigración y mercado laboral, compleja y en el que los recién llegados no se limitaron a un papel pasivo. La llegada de los nuevos habitantes fue la que aceleró el proceso de corrosión del artesanado y la emergencia de la figura del jornalero entre la mano de obra madrileña; al mismo tiempo también fue la que hizo posible y rentable el desarrollo de un sector inmobiliario que a partir de entonces se convirtió en uno de los motores económicos de la capital española. Pero donde se hace evidente el activo papel que los inmigrantes asumieron frente al mercado laboral es en el estudio de las estrategias que desarrollaron para hacer frente al contexto, en ocasiones hostil al inmigrante, de la gran ciudad.

La limitada posibilidad de inserción laboral de unos movimientos migratorios de origen predominantemente rural, y la propia presión que su presencia trajo consigo a sectores productivos como el artesanado, generó un proceso de pauperización económica que rigió Madrid durante toda la segunda mitad del siglo XIX. Sin embargo, la inserción laboral de los inmigrantes no sólo siguió la ecuación a mayor distancia mayor cualificación, sino que el dinamismo económico y la familiaridad con otras economías urbanas existentes en sus zonas de origen fueron decisivos en el acceso laboral a la llegada a la capital. De esta forma, mientras que entre los recién llegados de Guadalajara o Toledo abundaban los jornaleros frente a los empleados y los profesionales liberales en el caso de los inmigrantes barceloneses, entre los asturianos o cántabros había una mayor proporción de pequeños comerciantes y empleados.

También se debe subrayar el recurso a las redes de un parentesco más extenso y a las que se fundaban en los vínculos de paisanaje y que fueron utilizadas no sólo como un recurso de supervivencia sino también como un trampolín de ascenso social. El tahonero gallego o el vaquero cántabro, que habían salido hacía muchos años de su pueblo y que habían alcanzado una modesta prosperidad en la gran ciudad que tan hostil pudo parecerles al principio, son el mejor símbolo de un Madrid que, lejos de ser un desagüe donde acababan las riadas de inmigrantes venidos de todos los rincones del país, era una ciudad cuya forma y perfiles urbanos habían sido modelados por todas las gentes que habían traspasado sus puertas. Una ciudad que en 1900 vivía y se hacía gracias a la inmigración.

## BIBLIOGRAFÍA

- ARBAIZA, M. (2000): «La «cuestión social» como cuestión de género. Feminidad y trabajo en España (1860-1930)» *Historia Contemporánea*, nº 21, pp. 395-458.
- BAHAMONDE MAGRO, Á.: «El mercado de mano de obra madrileño (1850-1874)» en *Estudios de Historia Social*, nº 15, (1980), pp. 143-175.
- BAHAMONDE, A. y TORO, J. (1978): *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid en el siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI.
- BALL, M., y SUNDERLAND, D. (2001): *An economic history of London, 1800-1914*, Routledge, Londres y Nueva York.
- BAROJA, P. (1905): *La Busca*, Madrid, Caro Raggio.
- BOURDIEU, J., POSTEL-VINAY, G., ROSENAL, P.A., y SUWA-EISENMANN, A. (2000), «Migrations et transmissions inter-générationnelles dans la France du XIXe et du début du XXe siècle», *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, nº 4, pp. 749-90.
- CABALLERO, F. (1980): *Noticias topográfico-estadísticas sobre la Administración de Madrid*, El Albir, Barcelona.
- CAMPS I CURÁ, E. (1995): *La formación del mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- CAMPS, I CURÁ, E. (1999): «De ocupación sus labores. El trabajo de la mujer en los albores del siglo XX (Sabadell, 1919-1920)» en GONZÁLEZ PORTILLA, M y ZÁRRAGA SANGRÓNIZ, K (Eds.): *IV Congreso de la Asociación de demografía histórica, Historia de la población*, Bilbao, UPV, pp. 549-562.
- CARBAJO, M. F. (1987): *La población de la villa de Madrid. Desde finales del siglo XVI hasta mediados del siglo XIX*, Madrid, siglo XXI.
- CARBALLO, B.; PALLOL, R. y VICENTE, F. (2008): *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Madrid, Editorial Complutense.
- CARBALLO, B.; PALLOL, R. y VICENTE, F. (2009): «La ciudad de las oportunidades. Inmigración, vida y trabajo en el Madrid de la Restauración», *II encuentro de Jóvenes Investigadores*, Asociación de Historia Contemporánea, Granada.
- CARBALLO, B.; PALLOL, R. y VICENTE, F. (2010): «Jornaleros, criadas y funcionarios: el perfil profesional de la población madrileña entre 1860 y 1900», *IX Congreso de la ADEH*, San Miguel, Azores, Portugal.
- CARBALLO, B.; PALLOL, R., SAN ANDRÉS, J. y VICENTE, F. (2009): «Madrid y su *hinterland*: redes sociales, capital humano y modernización urbana (1860-1905)», *Coloquio sobre la modernización urbana en la España Contemporánea*, Cádiz.
- DEL MORAL RUÍZ, C. (2001): *El Madrid de Baroja*, Sílex, Madrid.
- DE VRIES, J (1997): «La ciudad en su contexto», *Manuscripts*, nº15, pps. 207-220
- FERNÁNDEZ GARCÍA, A. (1989): «La población madrileña entre 1876 y 1931. El cambio de modelo demográfico» en BAHAMONDE, A. y OTERO, L. E. (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1931*, Madrid, Alfoz-Comunidad de Madrid, vol. 1, pp. 29-76.

- FERNÁNDEZ GARCÍA, A. (2007): *Historia de Madrid*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños.
- GARCÍA ABAD, R. (2005): *Historias de emigración. Factores de expulsión y selección de capital humano en la emigración a la Ría de Bilbao (1877-1935)*, Bilbao, UPV.
- GALLARDO PÉREZ, R. (2010): *La evolución histórica del distrito de Latina, 1860-1939*. Memoria de fin de Máster, UCM, Madrid, España.
- GARCÍA DELGADO, J. L. y CARRERA TROYANO, M. (2001): «Madrid, capital económica» en GERMÁN, L., LLOPIS, E., MALUQUER, J. y ZAPATA, S. (Eds.): *Historia Económica regional de España. Siglos XIX y XX*, Crítica, Barcelona.
- GÓMEZ-FERRER, G. (1994): «Las limitaciones del liberalismo en España: El ángel del hogar» en BERNAL, A. M.: *Antiguo Régimen y liberalismo: homenaje a Miguel Artola*, Madrid, Alianza Editorial, vol. 3, pp. 515-532
- GONZÁLEZ PALACIOS, D. (2008): *El barrio de Corredera en la segunda mitad del siglo XIX*. Memoria de fin de Máster, UCM, Madrid, España.
- GONZÁLEZ, M. y ZÁRRAGA, K. (coord.) (1996): *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades modernas*, UPV, 1996
- GONZÁLEZ PORTILLA, M. (dir) (2001): *Los orígenes de una metrópoli industrial: la ría de Bilbao*, Bilbao, Fundación BBVA, 2 vols.
- GREEN, D. R. (1995): *From Artisans to Paupers: economic change and poverty in London, 1790-1870*, Scolar Press, Aldershot.
- HAUSER, P. (1979): *Madrid bajo un punto de vista médico-social*, Madrid, Editora nacional, 2 vols., (edición a cargo de Carmen del Moral).
- MENDIOLA GONZALO, F. (2002): *Inmigración, familia y empleo. Estrategias familiares en los inicios de la industrialización. Pamplona (1840-1930)*, Bilbao, Universidad del País Vasco.
- MORA-SITJA, N. (2002): «Labour and Wages in Pre-Industrial Catalonia», *Oxford Discussion Papers in Economic and Social History*, nº 45.
- MORA-SITJA, N. (2004): «La inmigración en Madrid a mediados del siglo XIX: una primera aproximación», *VI Congreso de la ADEH*, Granada.
- NIELFA, G. (1981): «El Registro del Trabajo del ayuntamiento de Madrid y el problema social en los umbrales del siglo XIX (1899-1900)» en CASTILLO, S. (coord.): *Estudios de Historia de España: homenaje a Manuel Tuñón de Lara*, vol. 1, UIMP, Santander, pp. 465-480.
- NIELFA, G. (1985): *Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX.: tiendas, comerciantes y dependientes de comercio*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- NIELFA, G. (2001): «Las relaciones de género: Imágenes y realidad social» en *Arbor*, nº 666, pp. 431-460.
- OYÓN, J. L. (2008): *La quiebra de la ciudad popular, espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*, Barcelona, Ediciones Serbal.

- PALLOL, R. (2009): *El moderno Madrid: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Tesis no publicada, Universidad Complutense, Madrid, España.
- PALLOL, R., VICENTE, F. y CARBALLO, B. (2010): «Madrid en 1905, una ciudad segregada socialmente», *IX Congreso de la ADEH*, San Miguel, Azores, Portugal.
- PÉREZ FUENTES, P. (1993): *Vivir y morir en las minas. Estrategias familiares y relaciones de género en la I industrialización vasca: 1877-1913*, Bilbao, UPV.
- PÉREZ, J. y ROMÁN, A. (2010): «Las tendencias del proceso de urbanización de la Bahía de Cádiz», *IX Congreso de la ADEH*, San Miguel, Azores, Portugal.
- PÉREZ-FUENTES, P. (2004): «Ganadores de Pan» y «Amas de Casa». *Otra mirada sobre la industrialización vasca*, Bilbao, UPV-EHU.
- RINGROSE, D. (1985): *Madrid y la economía española, 1560-1850: ciudad, corte y país en el antiguo régimen*, Madrid, Alianza.
- RODRÍGUEZ MORENO, J. (2008): *El barrio de Lavapiés. La larga transición del modelo social y urbano madrileño*. Memoria de fin de Máster, UCM, Madrid, España.
- RUIZ PALOMEQUE, E. (1976): *Ordenación y transformaciones urbanas del casco antiguo madrileño durante los siglos XIX y XX*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños.
- SÁNCHEZ NIETO, J. A. (2006): *Artesanos y mercaderes. Una historia social y económica de Madrid (1450-1850)*, Madrid, Editorial Fundamentos.
- SARASÚA, C. (1994a): *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*, Madrid, Siglo XXI.
- SARASÚA, C. (1994b): «Emigraciones temporales en una economía de minifundio: los montes de Pas, 1758-1888», *Revista de demografía histórica*, vol. 12, n° 2-3, pp. 163-181.
- SILVESTRE, J. (2005): «Las emigraciones interiores en España durante los siglos XIX y XX: una revisión bibliográfica», *Ager*, 2, pp. 227-248.
- SILVESTRE, J. (2005): «Las migraciones interiores durante la modernización económica de España, 1860-1930», *Cuadernos económicos de ICE*, N° 70, pp. 157-182.
- STEDMAN JONES, G. (1991): *Outcast London. A study in the relationship between classes in Victorian society*, Oxford University Press, Oxford.
- TORO MÉRIDA, J. (1981): «El modelo demográfico madrileño», *Historia* 16, n° 59, pp. 44-51.
- VICENTE, F., CARBALLO, B. y PALLOL, R. (2010): «Los motores del crecimiento demográfico de Madrid (1860-1930). Flujos migratorios y procesos de segregación en los nuevos espacios urbanos», *IX Congreso de la ADEH*, San Miguel, Azores, Portugal.